

El encuentro fué, tuvo que ser deslumbrador. No se advierte, sin embargo, sombra de este acontecimiento en la obra inicial del poeta. Es posible que, en un principio, tampoco supiera advertir su inminencia. Pero ya en algunos poemas de Las **Adivinaciones** y en la totalidad de los posteriores, Caballero Bonald ha encadenado su voz a esas zonas del mundo tan alucinadoras.

Bien claro está que esa inmersión en lo desconocido —en lo **adivinado**— lleva consigo innumerables motivos de desesperación y de peligrosas consecuencias. ¿Dónde acaba la poesía y empieza la filosofía? ¿En qué lugar termina la lírica y empieza la metafísica? Quizás todo consista en la virtud de las palabras empleadas en su desarrollo. Yo creo que Caballero Bonald encontró en ellas los límites necesarios y más eficaces. En su voz todo está perfilado, y cuando vuelca su razón en esas fuerzas primarias de la creación, él sabe bien que está tocando las fronteras de lo oscuro y vuelve otra vez los ojos al mundo, ligando lo cotidiano con lo infinito, su destrucción con su salvación.

**...Alguien que no conozco, que no sé si me ama
o me desprecia, que casi es mi victoria y me aniquila,
que insiste en mi esperanza diariamente,
que me grita en lo oscuro de la tierra: ¡Sálvate tú!**

En estas materias elementales yacen también los atributos de la tierra nativa del poeta. La riqueza de su verbo es andaluza, como es andaluza su luminosidad y el deslumbrante enfoque de su memoria. Y ello da a su voluntad de «buscador de Dios», una cierta mitigación para su expresiva angustia entre tinieblas.

Señalemos, finalmente, tras estos apuntes para un más detenido ensayo, que José Manuel Caballero Bonald con la reciente aportación de su poesía, al tiempo de llenar un hueco necesario, ha venido a situarse indiscutiblemente en la altura más privilegiada de la joven poesía española, gracias a la personalidad y a la importancia de su voz.

